

## Lezama Lima regresa a La Habana

Darie Novaceanu

La primera puerta que se me ha abierto para conocer a Lezama Lima ha sido la de su casa, allá, en la calle de Trocadero, 162, de la Habana Vieja. La segunda, menos franqueable, ha sido la poesía de don Luis de Góngora, que es, así lo creo, por donde Lezama Lima mismo ha entrado en el imperio de la palabra, quedándose para siempre junto a la fuente de Aganipe. Maravillado de la destreza de Ganímedes en llenar los vasos órficos justo con la cantidad hechizada requerida para apagar la sed de los dioses.

Ocurrencias, las dos, distanciadas en el tiempo, pero que luego, con sus horas veloces, el tiempo se ha hecho cargo de acercarlas, haciéndolas desembocar en un río solo.

No quiero mirarme todavía en este agua. Lo haré, tal vez, algún día, en estas mismas páginas. Por ahora, diré tan sólo que en los dos casos he ido bien acompañado. A la primera puerta, en noviembre de 1968, me ha llevado Samuel Feijoo, depositario privado de la sabiduría popular cubana y universal, incluida la mía, la rumana. A la menos franqueable he llegado solo, pero no antes de habérmela señalado Cintio Vitier, sabedor de cosas que nosotros conocemos menos, como, en este caso, es *Lo cubano en la poesía*, uno de sus fascinantes libros.

Sostiene Cintio que Lezama Lima hubiera sido «el único poeta capaz de desfruncirle el ceño a don Luis de Góngora» y, para mostrar la capacidad lezamiana de conseguir la transformación caleidoscópica de los símbolos, nos habla del arte que tenía en organizarse el discurso poético, con sutilezas de cetrería medieval. Término que, al menos a mí, me trae el recuerdo del rey Don Alfonso el Sabio y, sobre todo, me abre el manual poético de cetrería de don Luis (*Soledad segunda* - vv. 676-936), estremecedora palestra donde vuelvo a encontrarme con el *girifalte* - *boreal arpía*; el *borní*, *ceñido de líbico turbante*; el *sacre* - *sangriento chipriota*; el *boharí* - *escondiendo su cuna en la ceniza verde del Pirineo*, o el *neblí*, el relámpago que va detrás de la pobre cuerva - *breve esfera del viento*...

Mi largo convivir, en Bucarest, con don Luis, mientras traducí al rumano e interpretaba su obra, me ayuda reconocer siempre su impronta lírica, sin temor ninguno de equivocarme. Es como un rastreo de gaucho:

cruzar un llano y detenerse para, leídas las huellas, poder decir que por ahí acaba de pasar, sin jinete, un caballo blanco a mucho trote, acosado por una jauría muy hambrienta.

No me resulta complicado, después de leer algunos versos suyos —«Ahora que estoy, golpeo, no me siento,/rompo de nuevo la armadura hendida,/empiezo falseando mi lamento,/concluyo durmiéndome en la herida». (*Ahora que estoy*)— oír y escuchar a don Luis: «Ahora, que estoy despacio,/cantar quiero en mi bandurria/lo que en más grave instrumento/cantara; mas no me escuchen...» (*Romances*, Millé, 8). Como tampoco me es difícil reconocer en: «Ahora, se esconde en el río,/los demás son visitables...» (*Ahora penetra*), el mismo puente adverbial (y gongorino) que Lezama Lima instala sobre las orillas del poema para llevarlo hacia sus propios pagos. Ello, para no detenernos en: «Oh tú de torres, oh tú en la impedida *nube alambrada*/ [la cursiva es mía] para moler insectos redorados o sueños giradores/que ya la flecha narra...» (*Discurso para despertar a las hilanderas*), donde vemos a don Luis, pronunciando desde un atril del Escorial —«Sacros, altos, dorados capiteles,/que a las nubes borráis sus arreboles...»— para pasar luego a su Córdoba natal, sentenciando: «¡Oh, excelso muro! ¡Oh, torres coronadas/de honor, de majestad, de gallardía!» (*A Córdoba* - Millé, 244).

Para complacer a los estudiosos de Lezama Lima, diré que su poesía rebosa por todos los costados lo gongorino. Para disgustarles definitivamente, sostengo que no es así, que las cosas están un poco más complicadas y que ellos van muy equivocados y superficiales en sus juicios. Admito, desde luego, que también yo puedo errar. El placer del riesgo de esta clase es uno de los oficios que más ejerzo.

En más de una ocasión, Lezama Lima ha tenido el buen cuidado de tomar distancia de don Luis, pero lo ha hecho más a menudo por el camino más corto, el de la imitación. Piadoso, tal vez, con sus lectores y generoso con los críticos y estudiosos de su obra. «Góngora —dice en algún lugar— es muy difícil de poder imitar. Además —añade con suficiente astucia— se trata de un poeta único en su género, a quien por un exceso comparativo de la crítica se ha querido asemejar a la preciosidad francesa, o a Ronsard, o al caballero Marino». Es la observación más inocua de todas que hace, las que los curiosos encontrarán, leídas y resaltadas, en un libro de mucha valía y paciencia: *Diccionario. Vida y obra de Lezama Lima*, de Iván González Cruz, ed. Generalitat Valenciana, 2000. Todas mis referencias están extraídas de estas páginas, donde, del mismo año 1966, viene esta otra mención con más pormenores: «Con frecuencia se habla de gongorinos. En realidad, han existido en nuestra expresión muy pocos gongo-

rinos, porque el verso de Góngora era muy diamantino, duro y rocoso y, méllanse los más cuando intentan acercársele...». Según mi parecer, en las dos cintas (disponemos de más) hay algo callado que pide hacerse oír: don Luis es inimitable allá donde su poesía es de «un barroco cuya corteza es muy dura, es un diamante». Pero no nos dice que también hay «corteza» menos dura, ni que, por encima, al imitador no se le exige el mismo producto de, al menos, igual pureza diamantina. Quiero decir que lo más difícil es casi imposible de imitar, mas no así lo menos difícil. O sea, hay dos niveles, dos campos, de los cuales uno es «transitable». Esto, por un lado. Por el otro, no puedo no observar que Lezama Lima habla solamente de *imitación* y no de *influencia* (lo hará en otros apuntes), proceso diferente, superior al otro e incluso creativo. Eso es: mirar un árbol, cerrar los ojos y, bajo la nostalgia del vuelo, reproducir el árbol en forma de un pájaro, sin olvidarse lo mirado, transfiriendo el batir de las ramas cual alas desplegadas en la imaginación. El secreto del éxito consta en esta doble vuelta del pensamiento poético. Arrancar desde donde el otro se ha detenido. Y el motor de arranque es la metáfora. Sin la combustión de la imaginación no se llega a parte ninguna. Así lo subraya (claro, en otro lugar) Lezama Lima mismo: «.. Añada a esto que tengo una imaginación fabulosa. Con sólo cerrar los ojos mientras frotó la lámpara mágica, puedo revivir la corte de Luis XIV y situarme al lado del Rey Sol, oír misa de domingo en la catedral de Zamora, junto a Colón en víspera de su viaje a América, ver a Catalina la Grande paseando por los márgenes del Volga congelado o trasladarme al Polo Norte y asistir al parto de una esquimal que después se comerá la placenta...».

Bien sopesada esta confesión, descubrimos que el poeta tiene la costumbre de llevarnos por caminos fáciles de recorrer para dejarnos, justo cuando más falta nos hace, en encrucijadas bien señaladas pero de las que no sabemos interpretar correctamente los signos un poco borrosos y los pasamos sin mirar, indiferentes a los lugares donde llegamos.

Aceptamos que su imaginación es fabulosa. Pero ¿qué clase de imaginación es ésta donde se nos habla del Rey Sol, Zamora, Colón, Catalina la Grande, el Volga y el parto de una esquimal?

Sí, de imaginación se trata, pero de una imaginación educada. O sea que tiene como despegue la memoria, la cultura, la lectura, la instrucción. La erudición, en una palabra. No se apoya, quiero decir, solamente en el conocimiento inmediato, cosecha de los sentidos naturales y comunes para todos, sino también, y sobre todo, en lo leído. En lo visto por él y visto por otros. Es la biblioteca, por consiguiente, la que abastece la imaginación que, a su vez, es la combustión para la poesía, el motor de arranque de las

metáforas. Pormenor bien resaltado y que no tenemos el derecho de pasarlo por lo alto, sin fijarnos en la señal de cruce: «No necesito salir de mi casa para estar en el lugar que quiera, cuando yo quiera; descontando que es un poco difícil poder hacer todas estas cosas realmente».

Aparte y a pesar de la cita, yo sigo creyendo que las influencias son benéficas, que no aniquilan ni desnaturalizan la originalidad; no alteran, sino estimulan la imaginación. Y creo además que la imitación es una herramienta no imprescindible, pero a veces muy útil. Existen, no hay que perderlo de vista, diferentes grados de influencia; la superior, qué duda cabe, siendo la que excede los moldes, los hace definitivamente irreconocibles. Hasta los ecos más tenues han sido filtrados y esparcidos sobre espacios sonoros no cubiertos por la primera palabra.

No creo que exagero en mucho al sostener que Lezama Lima ha sido uno de entre los muy pocos que han logrado superar lo andado por otros, sin siquiera tomar la misma salida y sin llegar a la misma meta. Contraproducente y dañina me resulta por ello esta costumbre de los críticos, empeñados en buscar (y encontrar...) semejanzas, parecidos, antojos y barruntos allá donde impera la imaginación, el arrollador milagro de la creación que, por suerte, sigue siendo individual, soberana y autónoma. Deudora, tal vez, solamente al subconsciente, en su dimensión, todavía por indagar, la «colectiva»; en este caso, la dimensión del gremio de los poetas que se reúnen, fuera del tiempo, junto a la fuente de Aganipe. Donde, lo he dicho, Lezama Lima llega llevado de la mano por don Luis de Góngora y Argote. Del cual, lo digo ahora, ha aprendido casi todo, superando todos los cursos, desde alumno aplicado hasta discípulo insumiso. Deteniéndose muy poco en la «corteza» blanda, caliza, para enfrentarse luego con la de diamante.

El arranque, privilegio de la metáfora, tiene importancia decisiva en el desarrollo del discurso poético. Siempre fundamental para la meta a la que se quiere llegar. La *nube alambrada* que hemos subrayado muestra que Lezama Lima sabía partir y llegar de/y a lugares por nadie pensados. Sus objetos son sorpresas, los temas son insólitos y el lenguaje se pliega, erudito, a una sensibilidad que no parece tener más bordes que los del infinito.

Hubo sí, por decirlo con otras palabras, uno o más encuentros entre los dos poetas. Viajes que el isleño aprovechó para verse también con Quevedo, en Torre Abad y Valladolid, con Lope, en el madrileño barrio de Cantarranas, con Cervantes, en un lugar manchego sin nombrar, con Santa Teresa, en Ávila, justo cuando echaba al río a un idolillo que le había hecho placer. Viajes cuando, tal vez, subió y bajó los Pirineos para una plática incómoda con Mallarmé u otras más con Baudelaire, que tanto admiraba.